

HOMILÍAS DOMINICALES

TIEMPO ORDINARIO

CICLO B

II Domingo del Tiempo Ordinario

“Este es el Cordero de Dios”

Así presenta a Juan el Bautista Jesús. Al llamarlo Cordero hace una referencia al Éxodo. Por mediación de Moisés, Dios les pide a los israelitas que inmolen un cordero, que coman toda su carne asada al fuego, y que con su sangre rocíen las puertas de sus casas, pues los hogares marcados con la sangre se salvarían de la plaga exterminadora.

El Bautista, al llamar Cordero a Jesús, les está indicando a sus dos discípulos que esa persona que están viendo pasar es quien se va a inmolar por para salvarlos de la muerte; que es aquél cuya sangre serviría para que no pese sobre ellos la plaga exterminadora; que es quien dará su carne como alimento.

En todas las Misas, el sacerdote enseña a Jesús bajo la apariencia de pan, y lo presenta con las mismas palabras que dijo Juan: “Este es el Cordero de Dios”. Vemos un pedazo de pan, pero es el Cordero, es Jesús quien se inmoló por nosotros, quien derramó su sangre para evitarnos la muerte eterna, y cuya carne es nuestro alimento.

Antes de eso, el pueblo invoca la misericordia y la paz de Jesús llamándolo Cordero de Dios, agregándole esta función salvadora que como Cordero tiene, al reconocer que él es quien quita el pecado del mundo. Se le invoca así mientras el sacerdote parte el Pan consagrado, como señal de que todos comeremos el mismo Cordero, tal y como los israelitas tenían que hacer en la noche de la Pascua.

Al presentarlo como Cordero de Dios, el sacerdote añade: “dichosos los invitados a la cena del Señor”. Una traducción literal del latín sería “bienaventurados los llamados a la cena del Cordero”.

Nosotros somos los invitados, los llamados a la cena, pues como a Samuel lo llamó Dios, y como a Juan y Andrés les dijo Jesús “Vengan”, ahora a ti y a mí nos llama y nos dice: “ven”.

Samuel le preguntó a Elí: “¿Para qué me llamaste?” Lo mismo podemos preguntarnos nosotros, ¿para qué soy llamado? La respuesta nos la da el Evangelio. Jesús quiere que lo acompañemos a donde vive, y que nos quedemos con él, como los dos discípulos.

Jesús que vive en el Pan consagrado quiere que lo acompañemos ahí y que nos quedemos con él. Pero al hacerse alimento, ahora invierte los papeles, y que sea él quien entre en nuestra casa, aunque no seamos dignos, como le decimos una vez que el sacerdote presentó el pan. Es ahora él quien entra en nuestro cuerpo, en nuestra alma, y quiere quedarse dentro de nosotros.

Cuando recibimos un alimento, lo hacemos parte de nuestro cuerpo. Lo transformamos en nuestros huesos, en nuestros músculos, en nuestra sangre. Cuando comemos al Cordero de Dios, en cambio, nosotros somos los que nos volvemos miembros de Cristo, como escuchamos en la segunda lectura. La Eucaristía nos permite meternos plenamente al corazón de Jesús, y nos integra más a su cuerpo místico, que es la Iglesia.

Al comulgar, Jesús habita en nosotros y nosotros en él. Al comulgar, puedes abrirle tu corazón totalmente, mostrarle todas tus preocupaciones, angustias y alegrías. Él escuchará tus plegarias y pondrá en tu boca un canto nuevo, como escuchamos en el salmo.

También puedes guardar un silencio, como el silencio nocturno que había en casa de Elí, para pedirle que te hable como Samuel: “Habla, Señor; tu siervo te escucha”. Escucharás en el fondo de tu alma su voz, que tiene mucho que decirte.

¿Comulgas con frecuencia? ¿Eres consciente de que recibes dentro de ti a Jesús? ¿Te preparas para recibirlo con una buena confesión, como seguramente hicieron Andrés y Juan pues eran discípulos del el Bautista, quien llamaba a la confesión antes de bautizar? ¿Comulgas sólo porque es lo que todos hacen, o porque te sientes llamado por él? ¿Qué haces cuando comulgaste? ¿Le abres tu corazón y tienes la disposición de escucharlo como Samuel?

Una comunión bien hecha, te va a llenar de una paz y de una alegría tan grandes, que te desbordarán y tendrás que compartirlas. Como Andrés, que al estar con Jesús no pudo guardarse la paz y la alegría, y tuvo que salir a compartirla con su hermano Simón.

Los grandes misioneros han tenido un alma profundamente eucarística, pues ahí se nutren hasta rebosar de Dios y necesitan compartirla para no que sus corazones no exploten del amor que llevan dentro.

Nútrete del Cuerpo y de la Sangre del Cordero de Dios para llenarte de su gracia, de su alegría, de su paz, y así atraerás a todos tus hermanos a Cristo, así los harás dichosos por ser también ellos llamados a la cena del Señor.

III Domingo del Tiempo Ordinario

“Conviértanse y crean en el Evangelio”

Con estas palabras Jesús inicia su predicación tras el arresto de Juan. Como Jonás, que predicó la conversión a los ninivitas, llama ahora Jesús a la conversión. Convertir etimológicamente es dar vuelta. Hoy nos sigue llamando para que demos la vuelta a la cabeza hacia donde él está, que lo veamos a él, que nos está viendo, como vio a Simón, Andrés, Santiago y Juan.

Narra el Evangelio que caminaba Jesús a la orilla del lago de Galilea cuando los vio. Ya los conocía. El Bautista les presentó a Jesús a Juan y a Andrés diciéndoles “Este es el Cordero de Dios”. Y Andrés, a su vez, le presentó a Jesús a su hermano Simón.

Después de verlos, Jesús llamó primero a Simón y a su hermano, Andrés. Les hizo una propuesta radical: que lo sigan; que sean ahora pescadores de hombres. Luego llamó a los hijos de Zebedeo, a Santiago y a Juan, quienes remendaban sus redes. No lo dice el texto, pero también les hizo la invitación radical de seguirlo.

Como a ellos, a ti y a mí nos llama el Señor. Nos invita a seguirlo. A caminar de su mano. A que lo acompañemos. A que estamos con él. Este es el llamado universal a la santidad. No solo llama a los religiosos y a los sacerdotes. Llama a todos. Sí, tú estás llamado a ser santo.

Así como Jesús buscó a Simón y a su hermano en su lugar de trabajo, y a Juan y a su hermano estando con su padre y con sus compañeros de trabajo, Jesús te busca y te llama a ti para que sea en tu trabajo y en tus relaciones familiares y de amistad en donde te vuelvas santo.

¿Y qué hacer para volverse santo en medio de nuestras ocupaciones y de nuestra familia? Pues poner a Jesús en medio de todo. Ser santo no es dejar de ser pescador, sino en ser pescador de hombres, es decir, hacer tu trabajo o convivir con otras personas con un sentido trascendente, buscando la gloria de Dios. Ser santo, ser pescador de hombres, consiste en ver más allá en nuestras actividades diarias. Es no quedarnos en lo efímero de un instante.

Charles Péguy relata la fábula de los picapedreros. Un hombre llega a Chartres, en donde se construye la catedral. Se encuentra a unos picapedreros. A uno le pregunta: “¿Qué heces?” Y le responde: “Pico piedras”. A otro le hace la misma pregunta, y éste responde: “Gano el sustento para mi familia”. A un tercero le hace la misma pregunta y responde “construyo una catedral”.

Esa es la invitación a la santidad que nos realiza el Señor. Es la invitación a que nuestro trabajo, nuestras relaciones familiares y de amistad, sean hechas por amor, con sentido trascendente. A no quedarnos en el picar piedra, en el aspecto del mundo porque, como leímos en la segunda lectura “este mundo es pasajero”. Es una invitación a la eternidad. Si todo lo haces por amor, todo será distinto. Nada será picar piedra.

¿Trabajas sólo por hacer algo? ¿Tienes bienes por tenerlos? ¿Convives con tus familiares y amigos, sólo porque es lo que se hace? ¿O buscas dar cada paso con Jesús, pretendiendo que cada acción sea un camino hacia tu santidad? ¿Cuando trabajas eres consciente de que Jesús te ve, o pretendes esconderte para hacer una trampa, una estafa? ¿Sólo eres pescador o también eres pescador de hombres?

También todos, especialmente los jóvenes, deben considerar si Jesús los está llamando para literalmente dejar todo y seguirlo. Dios puede estarte llamando como a Simón y como a Juan a dejar tu barca, tu casa, tu familia, para que te vuelvas sacerdote, o religioso, o religiosa. Debes de estar atento a la voz de Jesús. Tienes que hacer oración, y pedirle al Señor lo que dijimos en el salmo: a mí, pecador, indícame el sendero; a mí, humilde, guíame por la senda recta; y a mí, pobre, descúbreme tu camino. Si quiere llamarte a consagrar tu vida, en el silencio escucharás su voz.

Si te llama, no dudes en seguirlo. No antepongas lo que te ha imaginado y quieres para tu futuro. No antepongas la ilusión por un trabajo o por una familia. No te obstines en ser un pescador anónimo del lago de Galilea. Hazle caso a su llamada. Te invita a ser pescador de hombres, te invita a ser sobre quien edifique su Iglesia. ¿Quién sabría de Simón si no hubiera seguido a Jesús?

Jesús nos ve y nos llama a seguirlo. A cada quien a seguirlo de una forma distinta. A unos a ser santos en sus ocupaciones diarias, en su familia. A otros a dejar todo y consagrar su vida a su servicio. Pero a todos nos llama a seguirlo, a todos nos llama a la santidad. Pidámosle su ayuda para responder generosamente a su llamada y seguirlo en el camino al Cielo, en el camino a la santidad.

IV Domingo del Tiempo Ordinario

“Enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas”

Con esta frase, el pasaje del Evangelio de san Marcos que hemos leído nos refiere la admiración que causaba la enseñanza de Jesús desde el principio. Quienes lo escuchaban en ese momento advertían que la forma de comunicación era distinta. No sabían que quien les hablaba era el Hijo de Dios, pero notaban algo había de novedoso y especial. No era alguien que explicara lo que había leído, profundizado y estudiado.

Como leímos en la primera lectura del Deuteronomio, Dios había prometido que surgiría un profeta al que le podría sus palabras en su boca. La promesa se había cumplido. Ahora la misma Palabra de Dios hecha hombre es la que da testimonio directo de lo que ha visto y escuchado a su Padre. Sus enseñanzas tenían autoridad porque procedían del testimonio más que del estudio. Y esa autoridad que se advertía en sus enseñanzas se podía constatar, pues con su sola voz era capaz de ordenar liberar a un hombre poseído por el demonio.

Gracias a la inspiración del Espíritu Santo, los cuatro evangelistas han dejado por escrito esas enseñanzas que todos escuchaban admirados. Tu y yo podemos seguir aprendiendo de sus enseñanzas. Si no lo hacemos, Dios nos pedirá cuentas, como escuchamos en la primera lectura.

Esta expresión no es una advertencia que conlleva una sanción. Es más bien una invitación a no desaprovechar el gran tesoro que tenemos en las Escrituras. Es Dios que nos enseña a ti y a mí. Por ello, debemos acercarnos a la Palabra de Dios llenos de júbilo y dándole gracias, como leímos en el salmo.

Si la Palabra de Dios es una de las personas de la Trinidad, si la Palabra de Dios se hizo hombre en Jesucristo, y si Cristo resucitó y vive, la Palabra de Dios es vida. Al leerla nos llenamos de vida espiritual. Al leerla podemos vivir en la presencia del Señor constantemente y sin distracciones, como dijo Pablo en la segunda lectura.

El Evangelio es palabra de vida. De una vida nueva, que cambia el corazón, transforma las inclinaciones al mal. Esto sucede cuando la leemos con espíritu humilde, dejándonos asombrar como los que lo escucharon en Cafarnaúm.

En todas las Misas podemos nutrarnos de la Palabra de Dios, pues en la liturgia de la palabra escuchamos un fragmento de la Escritura. Pero como es vida, no queremos limitarnos a lo que aquí escuchamos. Queremos más. Como hoy es fácil tener una Biblia, podemos hasta llevarla en un teléfono, hay que procurar beber diario en esta fuente inagotable de salvación, y leer diario algún fragmento del Evangelio por nuestra cuenta.

Podemos leer, buscando entender qué sucede, qué dice el texto. Luego preguntarnos en silencio qué nos dice Dios en el fragmento que leímos. Después, responderle a Dios, decirle algo sobre el texto. Y finalmente, pensar qué nos pide Dios que hagamos, que profundicemos, que cambiemos en nuestra vida. Así será una lectura más vivificante, una lectura que nos transformará.

La Palabra de Dios se encarnó en María Santísima. A ella le pedimos que las palabras de su Hijo siempre nos causen admiración para que se hagan vida en nuestras vidas.

V Domingo del Tiempo Ordinario

“Curó a muchos enfermos de diversos males”

Con esta frase, el Evangelio nos muestra la compasión de Jesús ante los enfermos. En la vida humana se presenta siempre la enfermedad. Al experimentarla, sentimos impotencia, nuestros límites y advertimos que habremos de morir. Quien sufre puede sentir como Job que la noche se alarga, que los días se consumen sin esperanza, y que no se volverá a ver la dicha, como escuchamos en la primera lectura.

Esos sentimientos nos pueden conducir hacia la desesperación y a la rebelión contra Dios: ¿por qué me sucede esto? No es fácil responder eso a quien sufre. Sin embargo, con el pasaje del Evangelio podemos decirle que Jesús está con él, que Jesús se compadece de él, como escuchamos en el salmo, y que su estado es un motivo para buscar a Dios.

Jesús se identifica con los enfermos. Dice que entraremos a su Reino porque cuando “estuve enfermo, me visitaste” (Mt 25,36). Cuando visitamos a cualquier enfermo, visitamos al mismo Cristo. Nos pide a todos los cristianos que visitemos a los enfermos, que los acompañemos, que les proporcionemos cuidados y oremos por ellos, como nos relata el pasaje del Evangelio que hizo Jesús en la madrugada, tras sanar a la suegra de Simón.

Visitar a los enfermos es una obra de misericordia. Misericordia, etimológicamente significa mismo corazón. Al visitar a un enfermo lo que nos pide Dios es que busquemos sentir como él, para comprenderlo. Como dice San Pablo en la segunda lectura, que nos hagamos débiles con los débiles para ganarlos para Cristo.

¿Visitas a los enfermos? ¿Los acompañas? ¿Eres consciente de que, al estar con ellos, estás con el mismo Jesús? ¿Buscas comprender sus sentimientos? ¿Oras por ellos y con ellos?

Es tanta la compasión de Jesucristo por los enfermos que, además de pedirnos que los visitemos, él mismo ha instituido un sacramento, la unción de los enfermos, para seguir acariciando a los enfermos por medio de sus sacerdotes.

La Iglesia enseña que la unción de enfermos no es un sacramento sólo para los que están a punto de morir. Por eso ya no se habla de “extrema unción”, sino de la unción de los enfermos. Puede recibirlo cualquier fiel que empieza a estar en peligro de muerte por enfermedad o vejez, y puede recibirse en más ocasiones, como en el caso de una nueva enfermedad, o cuando se agrave la enfermedad, cuando la edad avanza más.

En el salmo escuchamos que “el Señor sana los corazones quebrantados y venda las heridas”. Un efecto de este sacramento es una gracia de consuelo, de paz y de ánimo para vencer las dificultades propias del estado de enfermedad grave o de la fragilidad de la vejez, y es un escudo para defenderse en los últimos combates antes entrar en la Casa del Padre.

Con este sacramento, el enfermo se une más íntimamente a la Pasión del Señor, y puede comprender más que el sufrimiento lo hace participar en la obra salvífica de Jesús, con lo que contribuye a la santificación de la Iglesia.

Por la fuerza del Espita Santo el Señor también puede producir la curación del cuerpo, si es su voluntad, como lo fue con la suegra de Pedro, a quien le quitó la fiebre para que se pudiera a servirle.

Dice el Evangelio que a Jesús “le llevaron todos los enfermos”. Es una invitación a los enfermos a acercarse al sacramento de la unción, pero también una invitación para que acerquemos a los enfermos y ancianos a este sacramento cuando ellos no puedan hacerlo solos.

Hay quien quiere negarles esta caricia de Jesucristo, porque “les dará miedo ver al sacerdote”. ¡Si es Jesús, quien les quiere dar su gracia! No les prives de la paz del Señor. Acércalos al sacerdote, pídele al sacerdote que los visite y los unja. Te lo van a agradecer mucho.

A Santa María la invocamos en el rosario como “salud de los enfermos”. A ella le pedimos por todos los enfermos de nuestra comunidad, de la Iglesia, y del mundo. También por nosotros, para que nos haga compasivos ante el sufrimiento, e instrumentos que acerquen al Señor a todos los enfermos.

VI Domingo del Tiempo Ordinario

“Si tú quieres, puedes curarme”

Así, sometido a la voluntad de Dios, con humildad, un leproso le pidió a Jesús que lo sanara.

Como escuchamos en la primera lectura, quienes tenían algún síntoma de la lepra debían presentarse ante un sacerdote para que lo declararan impuro. Esa declaratoria conllevaba su muerte religiosa, pues era considerado impuro. Y una muerte social, pues estaba condenado a vivir solo, fuera de la comunidad.

Era terrible su situación. No solo por los sufrimientos propios de la enfermedad, sino por las consecuencias religiosas y sociales. Nadie quería vivir así. Como nosotros no queremos vivir en pecado, porque nos aleja de Dios, y resquebraja nuestros vínculos con la comunidad a la que pertenecemos, la Iglesia.

Los sacerdotes de la Antigua Alianza únicamente se limitaban a constatar la impureza con un criterio legalista: si es leproso, queda fuera. En cambio, Jesús se compadeció del leproso. Compadecer etimológicamente deriva de padecer con. Jesús, siendo limpio, hizo suyos los sufrimientos del leproso.

La compasión de Dios también se manifiesta con nosotros, cada vez que tenemos esas manchas escamosas en el alma que son el pecado. Siendo él libre de pecados, carga con los nuestros para quitárnoslo. Jesús nos permite acercarnos a él y pedirle en la confesión que nos cure. Al sacramento debemos ir con la humildad del leproso, y buscando la sanación. No como quien quiere simplemente lavarse, sino como quien quiere sanarse, recomponer una relación rota, iniciar una nueva vida sin lepra, sin pecado.

Si humildemente reconocemos ante el Señor nuestra culpa, si confesamos nuestros pecados, como dice el salmo, Jesús nos dice “Sana”. Jesús mismo, usando la voz del sacerdote, nos dice “Yo te absuelvo de tus pecados”. El Evangelio nos dice que Jesús tocó al leproso. Cada vez que nos confesamos, él nos acaricia el alma para arrancar la suciedad que nos enferma.

Jesús no vino a abolir la ley, sino a darle cumplimiento (Mt 5, 17). Por eso, le pide al curado que se presentara ante el sacerdote para ofrecer por su purificación lo prescrito por Moisés. Del mismo modo, el confesor impone una penitencia que busque el bien espiritual del penitente.

La penitencia puede consistir en la oración, en obras de misericordia, en servicios al prójimo, y tienen como propósito ayudarnos a imitar a Cristo, como hacía san Pablo, según leímos. La penitencia pretende que empecemos una nueva vida, en Cristo, distinta a la que llevábamos y por la que le pedimos perdón.

Al quedar curado, el leproso puso fin a muchos de sus sufrimientos físicos y morales. Por eso no pudo contener su alegría, y comenzó a divulgar el hecho. También nosotros nos llenamos de alegría, de paz, de tranquilidad y de un consuelo espiritual después de confesarnos.

Señor, concédenos ser conscientes de las manchas escamosas que tenemos en el alma; danos la gracia de buscar a tus sacerdotes para pedirles que las sanen porque sabemos que tú eres compasivo y siempre que te pidamos a través de ellos que nos cures, nos dirás que quieres, y quedaremos limpios. Concédenos una paz y una alegría tan grandes después de cada confesión, que no podamos callarlo, y a todos les contemos de tu compasión y misericordia, para que más personas se acerquen a ti, Médico Divino.